

EL TURISTA EN ESPAÑA (1835)

VIZCAYA Y LAS CASTILLAS ⁽¹⁾
POR TOMÁS ROSCOE

°°°°°

(Traducción del inglés por «MARTIN DE ANGUIOZAR»)

I

DE BAYONA A VITORIA

Bayona.—Un voluntario Carlista.—Políticas de la Edad Media.—Un Ruso liberal.—Diligencias Españolas.—Teatro.—«La Dama Blanca» de Scott.—Examen de lo pintoresco.—Iglesia del Espíritu Santo.—Catedral.—Reunión con el Carlista.—El Muletero.—San Juan de Luz.—Vista de Fuenterrabía.—Salida de Bayona.—Fuente antigua.—Escena.—Traje.—La Frontera.—El Lazareto.—Escena sobre el Bidasoa.—Detenus.—Planeos de Carácter.—Partida.—Irún.—Hernani.—Hermoso Valle del Oria.—Escena pintoresca.—Tolosa.—Captura de un número de prisioneros Carlistas.—Un Antiguo Amigo.—Fuga de los Prisioneros.—Llegada a Vitoria.

MODERNA CABALLERÍA

Nada podía sobrepasar la belleza del tiempo, los claros días en sazón, el aire delicioso y las noches refulgentes del otoño de 1835.

(1) El texto original puede ser consultado en la Biblioteca Municipal de San Sebastián, Sala de Mandas (London. Robert Jennings and. Co., 62, Cheapside. 1837) (Nota de la Redacción). Empleamos ciertas mayúsculas siguiendo al texto original (N. del T.).

Invitaba perfectamente a avanzar al punto a través los límites de los Pirineos y a alcanzar esa tierra de un mediodía todavía más brillante; pero como, al quitar Bayona, íbamos a despedirnos de un país pacífico para residir en otro donde la guerra civil—generalmente la más incivil de todas las guerras—rugía en sus peores formas, no dejaba de ser natural que deseáramos disfrutar de unos pocos días tranquilos antes de pasar la frontera. Entre nuestros compañeros de la diligencia de Burdeos, había un Inglés que parecía hallarse muy dudoso acerca de si podía o no pasar el Bidasoa. Era un Legitimista entusiasta e, imaginando que veía en mí algo más que indiferencia hacia los dos partidos, confesó en confianza que quería obtener sus primeros laureles al servicio de Don Carlos. Si hubiera yo estado de vuelta de España, me considerara autorizado por la experiencia para intentar disuadirle, aunque lo fuera inútilmente; pero como no podía pretender conocer más que él sobre el estado real de los asuntos, resultaba absurdo intervenir en su propósito a no ser para demostrarle que si Don Carlos realmente poseía, como le habían hecho creer, los afectos de las nueve décimas partes de la nación española, parecería Quijotesco en un aventurero extranjero arrojarle con su espada virgen a la tan recargada balanza. Era precisamente el Quijotismo del caso el que se encomendaba a su imaginación; al observarlo, cesé de molestarle con argumentos, particularmente porque aparecía pensativo, aunque resuelto, y porque probablemente había sido dirigido a dar este paso por circunstancias en las cuales ningún extraño tenía derecho a inquirir.

Había llegado hasta allí bajo la protección de un pasaporte y, para cubrir las fórmulas, acudí conmigo a hacerle examinar por el cónsul Español. Pero nos hallábamos aquí en situación de despedida, aunque dirigiéndonos hacia el mismo punto; pues, mientras yo siguiera mi viaje a lo largo del camino real, el caluroso partidario del Don, (a pesar, abreviando, de que emana de las instituciones de la Edad Media), se vería obligado a regresar y a asociarse con contrabandistas, enemigos de toda autoridad en tiempos ordinarios, fueren de realeza o democráticos. Es extraño, no obstante, que contrajéramos una especie de intimidad y agrado mutuos sin referencia a miras políticas u opiniones y, más que todo, por lo que se refiere a la edad, cuando el vello de la virilidad apenas brotaba en su barbilla. Su psicología se había formado con nobles sentimientos; pero pudo haber escogido sus ideas en novelas, donde es común encontrar el poder revestido por rapsodistas imaginativos

de una especie de brillantez teatral que cautiva a jóvenes e ignorantes. Pensábamos diferentemente, por lo tanto, pero sentíamos del mismo modo. Ambos deseábamos ver consultados los intereses de la comunidad; sólo que él se los imaginaba inseparablemente unidos, con suprema autoridad tanto en materia de estado como de religión, mientras yo guardaba más calma y mira filosófica ante la materia.

BAYONA

La mañana después de nuestra llegada, vagamos alrededor de las afueras de Bayona con Mr. Barton, comerciante Inglés residente en Bilbao, de regreso ahora hacia el hogar, y un Ruso, cuyo nombre yo escribiría si pudiera. Mi amigo el Carlista esperaba encontrar en el Moscovita—que hablaba muy mal Francés y peor Español— un espíritu de su mismo genio, y casi se traicionó en esta persuasión, pues descubrió con asombro que, no teniendo aquél ante sus ojos la perspectiva de Siberia, hablaba como un admirador de las instituciones municipales, de las cuales estaba persuadido que debían constituir la mejor forma de gobierno para comerciantes, así como para otros. Pero detestando todas las políticas, que, particularmente en el polvoriento paseo, son excesivamente enardecedoras y fastidiosas, entramos en un cabaret, donde obtuvimos excelente vino dulce y pasteles tan buenos como nunca había yo encontrado antes en Francia.

Por Mr. Barton, que había estado amenudo en Madrid, supe que durante la primera parte de nuestro viaje teníamos que proceder con mulas, o en un vehículo tirado por mulas. alquilado expresamente para nosotros; pero que en Burgos encontraríamos cada Domingo y Miércoles una diligencia para Valladolid, la cual hacía el viaje, una distancia de noventa millas, en una jornada. Recomendaba, no obstante y a pesar del estado del país, que se viajara en conducción propia, por cuyo medio podríamos formarnos correcta idea tanto del país como de la gente. Esta era también la opinión de un amigo de Inglaterra, que había dado la vuelta a España; y, como se verá en consecuencia, actuamos ante el consejo participante.

LA DAMA BLANCA EN BAYONA

Por la noche, —estando comprometido de otro modo mi compañero de viaje—, acompañé al juvenil Carlista hacia el teatro,

donde nos divertimos con la ópera «La Dama Blanca», tomada de Scott, aunque la imitación del traje Escocés, como el resto, era bastante extravagante. Al final de la velada, cuando se había anunciado ya la pieza para la siguiente noche, hubo un general llamamiento para el himno «La Marsellesa», el cual, tras pequeño retraso, motivado en parte por la falta de cantores, se llevó a cabo por los empresarios. Realmente, la audiencia estuvo vehemente e imperativa en su demanda, y un motín en pequeña escala pudo haber sido la consecuencia de una negativa. Fué ejecutada por la fuerza total de la compañía, uno de cuyos miembros apareció en escena con bandera tricolor; y todo el teatro, excepto el Carlista y yo, — porque odio toda clase de música militar—, se unió con entusiasmo al coro.

LO PINTORESCO Y LO ANTIGUO

La mayor parte de los viajeros cuando llegan a Bayona, están cansados de Francia e impacientes por hallarse en España, por cuya razón se descuida generalmente a esta ciudad. Hubiera ocurrido probablemente lo mismo con nosotros si las circunstancias nos hubieran permitido avanzar en seguida; pero, siendo involuntariamente detenidos, empleamos el intervalo que se produjo en inquirir lo pintoresco, que generalmente acecha con arrogante carácter por lugares tranquilos y fuera de ruta. No dejamos de obtener éxito en nuestra peregrinación, aunque era asombroso el número de calles sucias y alamedas que cruzamos dentro y fuera de las murallas. A pesar del espíritu de progreso, se encuentran todavía aquí muchas casas antiguas, de ningún modo en mal estado, y cada una de ellas sería motivo de un estudio interesante para el lápiz.

En los suburbios hallamos una vieja iglesia dedicada al Espíritu Santo, la cual, tan pobre como sea en el interior, presenta al exterior varios aspectos muy chocantes. Al lado está el muro apiñado de otro templo con linda portada Sajona, hoy convertida en pequeña tienda donde una bonita modistilla trafica a la vista del público con cintas y lazos para la bellas—si las hay—de Bayona. No lejos detrás nos mostraron un gran edificio, anteriormente convento, ahora ocupado como morada particular y conservado en muy buen estado. Parece, sin embargo, haber sufrido poco en la Revolución, —cuyas espaldas son bastante anchas para soportar los pecados de las edades—, o por cualquiera otra causa; por lo que

aconsejamos a los que suelen ponerse patéticos ante las ruinas, que pasen frente a él con entereza, ya que no ofrece absolutamente nada que lamentar. Ofrece hoy guarida a un número de hombres industriosos, y esperamos que honestos, los cuales, por algo que sabemos, podían ser predicados tanto como sus predecesores (2). Los claustros permanecen como antaño y la plaza del centro es actualmente un jardín.

HERMOSA CAPILLA

Pero lo que más particularmente requirió nuestra admiración, fué la capilla, que permanece aún en estado de buena preservación y es extremadamente hermosa. En su origen quedaba alumbrada por seis pintadas ventanas, de exquisita mano de obra; pero hoy las ventanas están tapadas. El techo interior es de madera, ricamente pintado, con ángulos entre los ventanos, formados por molduras imitando a canastillo. En el extremo occidental, sobre la entrada principal, existe una galería completamente entera; y aquí hay, también una puerta de comunicación con los claustros.

ESPLENDORES DE LA CATEDRAL

La catedral está situada en la vieja villa, —aunque sea difícil decir qué parte de la villa es la más antigua—, y está muy en decaimiento. Como muchos otros edificios sagrados, sufrió considerablemente durante el paroxismo que acompañó a la disolución del despotismo. La entrada occidental, por ejemplo, juntamente con el pórtico que mira hacia el norte, ha sido borrada totalmente; que es el caso también con las estatuas, doseles, trabajo del tabernáculo etc., por más que el lugar que ocuparon puede aún ser señalado. Juzgando, no obstante, por lo que queda, —especialmente una entrada en el claustro meridional—, todos estos ornamentos debieron ser extremadamente primorosos.

La iglesia en sí es oblonga con ángulos, y hacia el sur tiene un claustro que presenta una apariencia mucho más antigua que el resto del edificio. Por doquier aparecen señales de manos hostiles. Los resguardos arqueados que circundan los claustros separándolos del espacio cuadrado de terreno en el centro, han sido muy borrados.

(2) El autor se refiere sin duda a los judíos (Nota del Traductor).

Parte de la construcción parece haber sido profanada y empleada como talleres; pero el gran crucifijo con la imagen de Cristo clavado, aún conserva su posición original en medio de objetos seculares. Esta iglesia debió ser en un tiempo excesivamente rica en vidrios. Los habitantes atribuyen a los Ingleses la erección de su catedral, como ocurre generalmente con las iglesias más bellas del norte de Francia; mas, sin embargo de lo que fuere, los ventanales son altamente hermosos, especialmente los que se muestran alrededor de la parte alta; los más bajos, sin duda los más bellos, han sido destruidos. El interior es singularmente claro y elegante, sobre todo la abierta galería que se extiende en torno de la parte alta. La mayor parte del exterior, por lo menos, cerca del suelo, está disimulada con despreciables tiendas, que semejan como muchos nidos de avispa adheridos a ella; y aunque pintores, ignorantes de lo que es realmente hermoso, afectan admirar este grotesco conjunto de partes incoherentes, aparecerá siempre desagradable al filosófico observador.

DESAGRADABLES ALTERNATIVAS

Nuestra residencia en Bayona, se prolongó algo y, por más que el acomodo y el champagne del Lion d'Or no eran defectuosos, yo, por lo menos, me alegré de corazón cuando llegó el día de la partida. Mi amigo el Carlista, que había hallado un contrabandista dispuesto a internarle a través la frontera, partió tres días antes que nosotros, bien anochecido y en medio de fuerte lluvia; y cuando marchamos, no sin cierto recelo por ambas partes, parecía que lo hacíamos convencidos mutuamente de que no nos volveríamos a encontrar. El sospechaba sin duda que me fusilarían alguna linda mañana los Legitimistas; y debe confesarse que yo no estaba del todo sin sospecha de que los Cristinos no dieran término a su carrera con tornillo y collar (3). Con estas confortables reflexiones, nos despedimos el uno del otro, pero, como contaré en seguida, nos reunimos otra vez en el término de muy pocos días bajo circunstancias sumamente distintas.

El muletero que se había obligado a conducirnos hasta Vitoria, y que fué tentado a prolongar su compromiso a través las dos Castillas, era un individuo cuyo exterior no ofrecía gran promesa de

(3) La horca (N. del T.).

agrado o fidelidad. Era grueso, de hechura espesa, y su traje participaba del general al contrabandista de los Pirineos y del común al arriero Vasco: una basta chaqueta corta; pantalones de terciopelo negro sujetos a su sitio por ancha faja encarnada; sandalias (4); un espeso gorro de dormir abrigado, ceñido a su cabeza dentro de un amplio sombrero aplastado, y una ancha capa que parecía haber visto sus mejores días. Diego—el único nombre por el cual le conocimos— había recibido de la naturaleza, o adquirió por asociación con muleteros a la moda una manifiesta mirada de picardía, y la única espuela de su talón, aunque designada para los flancos de la mula, parecía antes bien destinada a intentar ocultar chales o ricos lienzos cabalgando a lo largo de angostos caminos, para transferirlos a un nuevo poseedor (5). Pero no podía remediar su cara y, si su fortuna le proponía ser un perillán, lo importante paya su crédito era que supiera sobrellevar su mal genio.

SAN JUAN DE LUZ

Un día muy bello, durante nuestra estadía en Bayona, vagamos a lo largo de la carretera hacia San Juan de Luz, la última villa Francesa de cierta importancia al acercarnos a España. *Luz*, en idioma Vasco (6), significa «lodo»; y, por la amplia provisión de polvo que se encuentra ahora en todas partes, no dudo que cuando llueva las botas del Santo, si alguna vez camina al exterior, aportaran un testimonio indubitable a la propiedad del nombre. Siendo peatones fervientes, como nos aseguraron las lisonjas del guía, disfrutamos mucho del paseo, así como del coñac y cigarros con que a su instigación nos fortificamos. El sol, no obstante, tenía alguna fuerza, y pudimos comprender por las caras de caoba de cada uno, que no precisaríamos muy pronto sino un par de labios espesos y una respetable caída de cabello lanudo para pasar como gente de la Costa de Oro.

Nuestro paseo, tres largas leguas, llevado a cabo antes del almuerzo, incitó los jugos gástricos hacia tal operación activa, que, al penetrar en los suburbios, sentimos una disposición a devorar el campanario de San Juan, que justamente entonces se alzaba a la vista.

(4) ¿Sandalias o calzado suelto, «sandals», alpargatas o abarcas? (N. del T.).

(5) El contrabando (N. del T.).

(6) Recuérdese que empleamos ciertas mayúsculas siguiendo al texto original (N. del T.).

Tuvimos serios temores de no hallar suficientes provisiones en la villa para apaciguar nuestros apetitos voraces; pero cuando cuatro huevos frescos, una cantidad de tocino, —no se encontraba jamón—, varios *pains a café*, y me abochorno de enumerar cuánto más, nos convencieron de lo contrario, salimos fuera en excelente humor a disfrutar de lo pintoresco.

ANTIGÜEDAD DE LOS MONTAÑESES

Los viajeros han notado siempre que en San Juan de Luz se siente uno ya fuera de Francia sin estar exactamente en España. Los Basquinos (7), verdaderamente, —supuestos descendientes de los antiguos Cántabros (8)—, no son ni Galos ni Iberos, y su idioma, ininteligible a ambos, mantiene todo el perfume de la antigüedad sin haber sido cultivado o sin poseer (8) una literatura. En el carácter y apariencia del pueblo hay algo muy particular. Los hombres son de miembros desembarazados y robustos; las mujeres, vivas y graciosas, y su traje se adapta perfectamente a la exhibición de las bellezas de su forma (9).

(10) La villa está situada en la más admirable posición. A cierta distancia más abajo, la Ninette (11), habiéndose aumentado en una doble bahía capaz de admitir bajeles de considerable tamaño, cae al mar. Líneas de lindos edificios pintorescos se alzan a lo largo de la playa, protegida aquí por colinas de no gran altura que levantando gentilmente sus declives verdosos y sus cimas de bosque ofrecen un hermoso contraste con la expansión azul del océano.

FUENTERRABÍA

La vista viaja sobre un país ricamente cultivado para posarse sobre el promontorio de Fuenterrabía, parecido a un guardián Español, un nombre embalsamado de imperecedera fragancia en las

(7) Literal. (N. del T.).

(8) ?... (N. del T.).

(9) No obstante, recuérdese que el autor dudó anteriormente de que hubiera mujeres bellas en Bayona. (N. del T.).

(10) Al llegar a este punto se intercala en el texto una preciosa estampa que representa una vista de Fuenterrabía, firmada por David Roberts, 1830, a cuyo pie se cita como grabador a J. C. Armytage y como impresor a R. Lloyd. Por cierto que lleva por título FONTERRABIA. (Nota de la Redacción).

(11) Literal. Quiere decir la Nivelle. (N. del T.).

memorias de los Ingleses (dejamos Ariosto a sus Italianos), por hallarse en ese poema que forma el punto culminante de la moderna literatura. ¿Quién, efectivamente, no presiente a la simple mención de esta pequeña villa un glorioso trofeo involuntariamente deslizado por su imaginación? ¿Quién no recuerda aquella sublime recapitulación de los ejércitos, que entretuvo la adolescencia con sus hazañas, de aquellos

«*Que lucharon en Tebas e Ilium*»,

hasta lo

«*Que resuena
En fábula o novela del hijo de Uther,
Rodeado de Armóricos y Británicos caballeros;
Y todos los que después, bautizados o infieles,
Combatieron en justas de Aspramont o Montalván,
Damasco o Marruecos o Trebizonda,
O quien Biserta envió de la costa de Africa,
Cuando Carlomagno con todos sus pares cayó
Por Fuenterrabía?*».

PROMOCIONES MILITARES

Esta villa, cuyo nombre Español es *Fuente Rabia* (8), del Latín *Fons Rapidus* (8), se llamó anteriormente *Acaso* (8) (12). Está rodeada de fuertes fortificaciones y considerada como una de las llaves de España, que ha sabido preservarla mejor que esa otra llave en las columnas de Hércules (13). Ocupa el punto de una pequeña lengua de tierra que se interna en el mar sobre el banco izquierdo del Bidasoa y disfruta del rango de ciudad, pero a pesar de su fuerza e importancia, es algo diminuta. Nada, sin embargo, puede ser más bello que su situación, alzándose en terrazas, sobre el declive anfiteatral de una loma frente al mar y espaldada por la elevada y pintoresca sierra del Jasquevel (14), cubierta de bosque y no raramente lugar de asiento para sombríos y pesados nubarrones. Ahora, no obstante, el paisaje total reluce con el sol matinal, —el mar, en calma y azul—, las montañas, cubiertas también de tintes azulados—,

(12) Quiere decir Oeaso, que, como es sabido, no era Fuenterrabía ni San Sebastián, sino Pasajes. (N. del T.).

(13) Alude a Gibraltar. (N. del T.).

(14) Quiere decir Jaizquibel (N. del T.).

el valle del Bidasoa, internándose y ocultando en parte su hermosura a los ojos; y lo más curioso es que, como no nos aproximamos mucho para examinar los elementos del cuadro, corrimos el riesgo de que se disipara todo el encanto de la vista. Debiendo comer a las cinco en la *table d'hôte*, por el momento tan sólo nuestras miradas pasaron la divisoria; y regresamos a Bayona para hallarnos nosotros y todos los demás *no-militares*, metidos en una insignificante pequeña habitación, —el amplio comedor había sido apropiado para los oficiales de la guarnición—, que, habiéndose presentado con derroche de colores, determinaron ese día cenar con dignidad.

ALIMENTO PARA VIAJEROS

Para observar cómo se desenvolvían estas cosas en Bayona, lanzamos una ojeada hacia ellas. La mesa estaba hermosamente puesta. Los platos estaban decorados con la bandera tricolor; y la banda, estacionada en una pequeña antecámara, ejecutó varios alegres y agradables aires. Más allá de esto, nuestro apetito no nos quiso permitir explorar las regulaciones de los *Mounseers* (15), ya que nuestra sopa fué servida, aprestándonos a hacerla el debido honor.

Abandonamos Bayona al romper el día y, al despejo ya de sus fortificaciones, que siempre semeja como huída de una cárcel, nos vimos, a medida que la luz aumentaba, avanzando rápidamente hacia la abierta campiña con los Pirineos irguiéndose como un espinazo de nubes oscuras tendido entre nosotros y España. No lejos de las puertas hay una fuente de apariencia muy pintoresca y situada, a pesar de su proximidad a la ruta, en sitio muy romántico y aparentemente poco frecuentado. Nos había llamado previamente la atención y supimos por una vieja, que es su guardián, la leyenda con que la tradición la ha ligado. Antiguamente vivía un obispo, —hombre piadoso y caritativo—, que siendo demasiado bueno, para los tiempos en que floreció, fué, por no sé qué causa, asesinado cerca de este lugar. Si los autores del hecho fueron prendidos por las antiguas gentes de armas y castigados como merecían, no lo recuerda la historia, puesto que ello no tiene conexión con el milagro; pero mientras conducían el cadáver a un sitio un poco más arriba, se desangró de nuevo, y al caer parte del flúido santo al suelo,

(15) El original presenta esta palabra en letra bastardilla. (N. del T.).

brotó un hermoso manantial de agua, que ha continuado manando desde entonces. La entrada, por la que fué otrora internado, está ahora cerrada y se obtiene el agua por medio de una bomba. No pudimos, por lo tanto, examinar el interior; pero, por el todo, —a excepción de la cruz en la cumbre—, puede decirse que se parece a St. Margaret en la vecindad de Edimburgo, aunque de mayores dimensiones. En una tabla sobre la puerta hay inscripción Latina ilegible, y cerca del fondo yace una estatua, tan mutilada, que sería difícil decir si pretendía representar a nuestro amigo el obispo o a la Virgen.

MODALES ECUESTRES Y TRAJES FAMILIARES

En torno, la campaña, tan lejos por doquier como la vista alcance, es estéril y cubierta de matorral entremezclado con pequeños bosques de pinos y alcornoques. A la derecha se extiende el mar, que empezaba ahora a parecer azul e interesante, ya que el sol caía con mayor profusion sobre la escena. Siendo día de mercado, gran número de labriegos iban realizando su marcha del campo hacia la ciudad, algunos montados en pollinos que parecían haber hecho sus testamentos; otros en briosas jacas pequeñas, que miraban, cual patricios, a los cabalgadores de asnos, y a los peatones. Las mujeres, —puede señalarse al pasar—, hacen en esta parte del mundo el mayor alarde de sus piernas, jineteando a horcajadas como sus fuertes compañeros y mostrando elegantes ligas (16), a veces sobre y otras debajo de la rodilla. El traje del sexo que bebe y jura— aunque la distincion se guarda rigurosamente—no se parece a nada visto en otras partes de Francia, consistiendo en una gorra, precisamente la de la Baja Tierra de Escocia, gran abrigo confeccionado como tabardo heraldo, con una pieza colgando por delante, otra por detrás, y otra tercera extendiéndose por encima y protegiendo los brazos. Se pone y se quita fácilmente. Sus cabelleras se llevan largas y tendidas sobre las espaldas. Todo va abotonado, chaquetas y pantalones, principalmente de color pardo o azul, y sostenidos, como los de Diego, por una faja roja ceñida como la de un Turco alrededor de la cintura. En la parte calurosa del día, la chaqueta disfruta simplemente de un beneficio, pues es quitada y echada graciosamente sobre un hombro, encontrándose las mangas bajo

(16) Por lo visto, en la mujer era general el uso de la media, en contraposición con los hombres (18). (N. del T.).

el brazo opuesto, y siendo anudadas en un lazo sobre el pecho. Un par de *sabots* (17), o calzado de madera, ocupa el visible equipo; jamás pretendimos inquirir acerca de sus camisas, y las medias constituyen un lujo que parece ser universalmente votado como inútil (18). Casi todas las mujeres llevan, como en Burdeos; pañuelos azules o amarillos nítidamente ceñidos a la cabeza (19). Se llevan raramente corsés, aún en la clase más rica. Su principal traje es falda corta, como la común a muchas partes de Escocia, —con abertura en cada lado por la que aparece delicada ropa blanca. Su zagalejo es casi siempre de un flamante color rojo, aunque a veces sea azul; y pañolón encarnado sobre el pecho, un par de eficaces zapatos de madera y un ramillete de flores aromáticas completan los bienes parafernales de una bella de Bayona (9) (20).

Al ir avanzando, el aspecto del país mejoró rápidamente, obteniendo a cada paso una apariencia más abigarrada; los campos, algo pardeados por el sol, divididos—como en Inglaterra—por plantíos y ondulando en perceptible sesgo hacia lo alto de los escarpados lomos del Pirineo. En invierno o durante el mal tiempo este camino debe ser indudablemente muy descolorido y ajeno a la invitación; pero el sol, que hacía poco que se alzó, brillaba ya radiante sobre todas las cosas dotando de hermosura al conjunto del paisaje. El más inveterado regañon encontraría, por lo tanto, poca materia de queja. No descubrimos motivo de inquietud, nada de abuso, ninguna sospecha, por lo menos en lo más proximo de nuestras confines; y respecto a lo que debíamos encontrar más allá, juzgábamos razonablemente que era mejor no formarnos inútiles conjeturas.

RASGOS PRIMITIVOS

El país, como día de Abril, presentó diversas facetas durante el curso de nuestra cabalgata de siete horas. Algunas veces le reconocimos hermoso elogiando la industria que se empleó en pujar sus recursos; pero, a poco, fué necesario apelar a la ayuda de un

(17) Figura en letra bastardilla. Chanclos. (N. del T.).

(18) Véase nota 16. (N. del T.).

(19) Puede e consultarse esta clase de tocados en la colección de la revista «Euskalerrriaren Alde», desde Junio 1926 hasta la fecha. (N. del T.).

(20) Se refiere a la ruta del distrito de Bayona, por la que va avanzando el viajero, y no a la ciudad del Adur. (N. del T.).

idioma distinto. La broza, a lo largo, a medida que nos acercábamos a los Pirineos, vino, a ser la característica predominante. Árboles achaparrados, *rabougris* (21), —según expresión de los labriegos—, parecían desempeñar su difícil papel en suavizar el alimento del suelo ingrato, y, como el hombre no puede vivir—a no ser un poeta o un artista—de lo pintoresco, era rara la presencia de habitaciones humanas. De vez en cuando cruzamos con un núcleo de aldeanos, casi nunca en, número menor de tres, transportando carbón de leña o argoma hacia algún pueblo distante, en carros tirados por vacas y de muy primitiva forma y construcción. Las ruedas son de sólida tablazón y dícese que el conjunto se halla construído enteramente sin hierro. Se hallan tirados invariablemente por vacas o bueyes, que se hallan atados, no por el cuello, como entre nosotros, sino por los cuernos (22).

(AINOA)—COMODIDADES DE CUARENTENA—(DANCHARINEA)

A medida que nos aproximábamos a la frontera el aspecto de la campiña aparecía más que nunca triste, hasta que entramos en el agradable valle de Ainoa (23), el último situado en los dominios de Luis Felipe. Era ya más del mediodía, —el pasaje (24) se abre a las doce—, y fuimos detenidos a pesar de ello, no sé por qué, hasta las seis que entramos en España y nos adelantamos hacia el lugar de parada, donde estábamos destinados a conocer las comodidades Vizcaínas.

Al llegar a la espaciosa granja que en tiempo de cólera había servido de lazareto, Diego obtuvo noticias que le determinaron a hacer un alto de por lo menos dos o tres días. Los Carlistas y Cristinos andaban por los cercanos valles, y se decía que los primeros, siendo empujados con fuerza, cogían diariamente cuanta mula de aspecto decente llegaba a sus alcances para hacer ragouts con ellas, ya que sus otras provisiones en ese momento se hallaban muy en baja. De una comodidad—puesto que realmente lo era—disfrutamos por lo menos en nuestro granero: no éramos los únicos dete-

(21) En letra bastardilla. (N. del T.).

(22) Aquí presenta el libro otra hermosa estampa de 1830, que se refiere a una vista de Irún desde el Bidasoa, y a su pie se cita como dibujante a David Roberts, como grabador a J. Couser y como impresor a R. Lloyd. (Nota de la Redacción).

(23) Hemos suplantado Ainoa por Ainoa. (N. del T.).

(24) Este lugar se llama Dancharinea. (N. del T.),

nidos, puesto que había cerca de otros cuarenta viajeros, todos los cuales pretendían, como nosotros, que únicamente sus mulateros merecían censura, tanto más cuanto que ellos no temían ni a los Liberales ni a los Legitimistas.

Sin establecer una investigación rígida acerca del valor de sus aprensiones, que quizás no eran mayores que las nuestras, intentamos, tras vaciar una gran sopera, obtener de nuestra situación la diversión que pudiéramos. Toda la compañía, por decir la verdad, se mostraba sumamente jovial para gente entre disparos de mosquetería de tropas hostiles, pues decíase que los Carlistas se hallaban cerca de la frontera. Había un francés, cuyo único compañero de viaje era un violín, el cual—según constatamos a nuestra costa—estaba mañana, tarde y noche comprometido patrióticamente a rascar el aire de la Marsellesa. Además de este instrumento republicano, la compañía reunió dos guitarras; y, como todos podían tocar y cantar cuanto quisieran, el cielo sabe a qué hora hubieran dado fin a sus orgías musicales, o tregua a sus cigarros, a no desencadenarse un huracán que ofreció música más fuerte amenazando transportarnos con violines y todo hacia la Bahía de Vizcaya.

ALUSIONES CLÁSICAS

Nuestra granja, posada, o como pueda llamarse, se hallaba situada sobre las márgenes del Bidasoa (8) a la vista del puente (25), y era infinitamente pintoresca la vista desde la ventana. En el término izquierdo había una casa aparentemente de la misma edad que la montaña, de la cual parecía haber surgido como una verruga sobre Olympus. Su color era el mismo que esa clase de gris que se pretende definir cuando se dice «el cielo está gris» o «la mañana está gris». Musgo y plantas trepadoras, atraídos por la humedad del río, proyectaban audazmente sus brotes sobre el tejado y a lo largo del maderamen de los muros, hasta que al fin se encontraban con el agua donde al fondo de escalones groseros había una damisela que lucía un par de piernas como Dorotea en Don Quijote cuando, cansada y exhausta, se la vió refrescando sus pies en un arroyo. Barcas de suma construcción grotesca y semejando tan pesadas como juncos Chinos, estaban cómodamente amarradas a viejos postes verdes y podridos, mientras dos o tres de las mujeres inqui-

(25) Puente internacional de Dancharinea, sobre aguas del río Ugarana, en francés «La Nivelle». (N. del T.).

linas se presentaron prestas a bañarse. El puente en sí y los edificios próximos aparecían muy bien como partes componentes de un paisaje; pero el primero, por lo menos, cuando se le acercaba, semejaba en su erección haber precedido al arca de Noé y haber sido dejado como una muestra del gusto, invención y recursos arquitectónicos de los coetáneos de Tubal Caín.

ANTIGUOS TIEMPOS Y NUEVOS

Pero el río y las montañas son exquisitamente modernas; tal, de todos modos, era la opinión del violinista Francés que guardaba el más profundo desprecio por todo lo que datara más allá del año 1789. —«Bah!—», decía a un Español que insinuaba su admiración hacia la gloria anterior de su país, —«¿qué tiene de bueno el reflexionar sobre los tiempos viejos?, ¿qué eran Vds. entonces, a lo mejor, sino los puños que un rey manejaba o los cucharones con los cuales llenaba las arcas de sus rentas; o también el abono de sus campos, que humedecía con vuestra sangre? ¡Vamos, Señor!, no miremos atrás, sino adelante, a esos gloriosos tiempos cuando la Península sea una república y que este puente vetusto sea hollado por pie democrático!» (26).

El Español sacudió la cabeza y le envió una sonrisa ceñuda. Era un Carlista. Pero ni los admiradores de lo antiguo ni los admiradores del nuevo orden de cosas tenían una chispa de entusiasmo que guardar para el escenario. El paisaje ante nosotros era, a pesar de ello, muy bello, consistiendo en campo ondulado que ascendía gradualmente para terminar a distancia en una cadena de montañas de carácter Alpino que circundaban la cañada y limitaban el horizonte Desnuda y árida más allá de cierta altura, pero de abigarrado contorno y alzándose en pendientes escarpadas como las cadenas secundarias del Bajo Valois, se ve investida de mayor grandeza que la que pertenece en general a cimas desprovistas de floresta; y, no hallándose dominada por montañas más altas, asoma como una cadena de nubes sobre el plano común del país (27).

.....

(26) Si siguiéramos, tal consejo de no reflexionar sobre épocas pasadas, hubieran continuado sin ser traducidas las memorias de T. Roscoe sobre el País Vasco en 1835. (N. del T.)

(27) Siguen un par de páginas destinadas a presentar ciertos personajes extranjeros sin interés alguno para «Estudios Vascos». (N. del T.)

VIAJE PROVINCIANO (IRÚN)

No se comprendía de pronto por qué Diego no eligió el fijar sus cuarteles en Irún, a un paso; pero se había hecho circular la noticia, que luego se demostró sin fundamento, de que los Carlistas iban a atacarlo de noche y llevar de allí cuanto pudieran hallar a mano. Sin embargo, no viéndose vestigios de los héroes de Don Carlos, nuestro establecimiento fué pronto abandonado y sus varios inquilinos transferidos a las posadas de Irún, nosotros entre ellos. Rápidamente nos aliviarnos con carne estofada con ajo y azafrán y algo de bastante buen vino, tras lo cual emprendimos de nuevo nuestro viaje, colocando nuestra absoluta confianza en Diego y sus mulas: que guiaba al compás y en la dirección que quisiera.

ESCENARIO (HERNANI)

La campiña aparecía ahora muy hermosa, hallándose profusamente regados los nivelados terrenos, mientras las tierras altas y montes, desde sus pies hasta la cumbre, se veían cubiertos de robles, hayas y castaños con algunos pocos ejemplares de la encina, que produce una bellota igual en gusto al castaño. Una corta cabalgada nos llevo a Hernani, gran aldea a quien recientemente hizo notable el valor de nuestros paisanos que, bajo el mando del General Lacy Evans, dió a los Carlistas una lección que no olvidarán pronto; y así ofreció un ejemplo de esas altas cualidades y de esa disciplina superior convertidas en acción irresistible por su brillante e ilustre guía en la guerra Peninsular (28). Hernani, que entonces no poseía interés particular a nuestros ojos, está situado en un agradable valle fertilizado por un río que, como el Pisuerga de mas lejos, asoma frecuentemente bajo la mirada del viajero a medida que avanza hacia Vitoria. Montañas de gran altura amenazan al collado sobre el cual aparecen constantemente como dispuestas a precipitarse para engullir la villa donde en otros tiempos se forjaban anclas para la armada Española, cuando existía semejante cosa. Recientemente no se forjaban ahí sino embustes que, menos pesados que las anclas, volaban con ligeras alas sobre los Pirineos transformándose en

(28) La legión británica mandada por Evans, fuerte de 12.000 hombres, sufrió en 1837 una severa derrota a manos de los carlistas. Precisamente este, episodio, nos suministró materia para escribir una novela corta titulada «La Batalla de Oriamendi». (N. del T.).

párrafos de los periódicos Franceses y Españoles para viajar hacia el septentrión hasta las puertas de San Petersburgo, y allí como aquí daban lugar a otros escritos que, en cuanto nacían, iban a alzar o bajar los fondos Españoles.

CAMINO A TOLOSA (EL O R I A)

Un camino cortando a la derecha (29) conduce a San Sebastián, pero esta ciudad no poseyendo en esta época atracción particular para nosotros (30), tomamos el de la izquierda, que conducía hacia Vitoria a través Tolosa. Al principio, nuestra ruta se extiende sobre las colinas que, originándose en Hendaya (31), cercan y amparan un estrecho valle conservado en perpetuo verdor y fertilidad por el romántico riachuelo Oria, que se derrama en canal ventoso y ribeteado de sauces hacia el centro. Todo objeto que encuentre la vista lleva testimonio de la industria y comodidad del pueblo. Villas o, quizás mejor dicho, granjas interpuestas por el valle a frecuentes intervalos, atisban por entre circundantes boscajes de nogal, morera, manzano y otros; y la espléndida blancura de los muros, igual que la de las casas rurales de Gales, contrasta agradablemente con el verdor, ahora matizado por el otoño, de los árboles que lo rodean. Por todas partes, altas y bajas, donde pudiera morder el arado, el cultivo habíase puesto en juego y la mirada se recreaba y deleitaba en el resultado. No hay duda de que la naturaleza hizo aún más que el hombre, pero, sea lo que fuere de los agentes productores, pocas perspectivas pueden ser contempladas en España con más satisfacción que el valle del Oria camino de Tolosa. Colinas de diferentes elevaciones se alzan en filas unas tras otras y gradualmente guían la vista hacia atrás y hacia adelante hasta que permanezca sobre los picos de los montes tapizados de bosque y cubiertos del dosel de brillante firmamento. Aquí y allá, en rincones abrigados y protegidos por árboles descubríamos, mientras íbamos avanzando, pequeñas aldeas pintorescas o pueblos mayores, cada uno con su aguja de iglesia dominando sobre los bosques. De vez en cuando, mientras adelantábamos, y débese confesar que lo hacía-

(29) ¿En Astigarraga? (N. del T.).

(30) Hacia 22 años que la quemaron la legión británica y portuguesa. (N. del T.).

(31) El original escribe Andaya. (N. del T.).

mos ahora hasta demasiado de prisa, llegamos a hermosas cascadas del río, que precipitaban sus aguas claras sobre verdes peñas musgosas, a veces desnudas al sol y otras ribeteadas y casi escondidas al arrimo y entre dominantes robles.

MODO DE TRATAR A LOS PRISIONEROS

Al ir acercándonos a Tolosa, olvidados del hecho de que nuestro camino se dirigía a través un país alborotado por guerra civil, el azar nos deparó un espectáculo digno de recordarse. Este consistía en una partida de Cristinos conduciendo hacia Vitoria cierto número de prisioneros Carlistas que, según se esperaba, serían fusilados allí. Iban atados de dos en dos con sus armas ceñidas a sus espaldas, y al punto me chocó que mis ojos se hallaban familiarizados por lo menos con uno de ellos. No alzaron sus cabezas cuando pasamos; la suerte les había humillado; parecían como si fueran contando los pasos, los minutos, que les guiaban hacia la muerte. Detuve mi mulo, —pues fué sólo en Vitoria donde determinamos disfrutar el lujo de un carruaje—, y al observar a los cautivos descamisados y descalzos, reconocí inmediatamente a mi amigo el Carlista de Bayona, cuya novela aparecía desenvolviéndose demasiado rápidamente hacia el final.

«¡Buen Dios!»!, exclamé, «¿pero es Vd?»). Volvió hacia mí los ojos con sobresalto en cuanto mi voz sonó en su oído y, viendo al que le abordaba, hizo un esfuerzo para ofrecer una sonrisa. Me puse a pie en un momento y, antes de que los peseteros pudieran intervenir para impedirlo, le avancé: «¿Puedo hacer algo, amigo mío, para librarle de este conflicto? ¿Conoce V. de algún procedimiento? Tengo algún trato con el general Inglés y le despacharé un mensajero ahora mismo».

«¡Sería inútil, querido señor!»), replicó. «El rey se ha refusedo recientemente a perdonar a un número de rebeldes que cayeron en sus manos y, ahora que es su turno, nada puede impedirles usar de tal ventaja. Todo habrá terminado para mí mañana a esta hora. Pero sigan, y déjennos. Vea que se lo van a ordenar. No quisiera envolver a otros en mi desgracia, particularmente a quien.....»

No pudo terminar su frase, no por intervención de los soldados Cristinos, sino por el estado de sus propios sentimientos, el más amargo de los cuales, demasiado visible en su semblante, no podría ser descrito por palabras mías. Había lágrimas en sus ojos. Tem-

blaba de emoción. «Váyase, amigo mío» decía, «abandóneme a mi sino. Dios le bendiga».

UN MAL ASUNTO

Le dejé, por lo tanto; pero, dirigiéndome al oficial, que en parte me ahorró la molestia, inquirí acerca de las circunstancias bajo las cuales el prisionero había sido preso. Era un hombre cortés y caballeroso, pero no podía encubrir los fuertes prejuicios que concebía contra los Ingleses en general, y especialmente contra aquellos—en realidad, pocos, y esos, en su mayoría, jóvenes locos,— que tomaron parte con el Pretendiente. Había disgusto en sus modales hacía mantener comunicación con uno que evidenciaba interés por un Carlista. A la larga, a pesar de ello, me informó que mis compatriotas apenas habían cruzado los Pirineos cuando cayeron en sus manos y como fueron capturados en compañía de varios *rebeldes* (32) nativos, —porque cada partido designaba así al otro—, no era de presumir que escapara al destino que le aguardaba.

Supe, desde luego, que nada en este asunto dependía definitivamente de él, pero yo deseaba obtener permiso para mantener comunicación más adelante con mi paisano, lo que me fué cortés pero firmemente denegado. Se insinuaba, además, que no estaría de más que yo escapara a la imputación de ser un Carlista, puesto que nadie en ningún terreno comprendería el interés que aparecía yo tomar por uno de esa odiada facción. Apercibiendo que nada se ganaría por perseverancia, me despedí y adelantando camino entré en Tolosa con bastante anticipación a ellos.

INGENUIDAD ESPAÑOLA (33)

Dispuestos a no perder de vista. al Carlista mientras su suerte no se hubiera decidido, nos detuvimos en una posada dominando al camino de Alegría, hasta que la escolta pasara con sus prisioneros; y entonces reasumiendo nuestra jornada. seguimos lentamente a cierta distancia tras ellos. Aparte de los pobres presos, la cabalgata tenía bella presencia. Los peseteros (34), con sus hermosas chaquetas

(32) En bastardilla *rebels*. (N. del T.).

(33) Nosotros lo suplantaríamos por *Humorismo Inglés*. (N. del T.).

(34) Llamados así porque cobraban una peseta de sueldo diario. (N. del T.).

verdes y pantalones enrayados de amarillo, iban confundidos con un número casi igual de chapelgorris (35), o voluntarios Vizcaínos, muchos de los cuales, además de sus chacos (35) rojos, llevaban pantalones también encarnados. Sus caballos eran ligeros, fogosos y parecían regocijarse en el polvo que por doquier alzaban en torno suyo. Se veía el traje negro de los voluntarios ordinarios que indujo al paisanaje a conferirles el nombre de los negros (36) o «los negros» (37), apelativo extendido más tarde a los Cristinos en general y por muchos locamente supuesto significar «negros» (38). Un rumor ha salido al exterior, que no sé en qué se funda, acerca de estas tropas así como de los carabineros, y es que llevan en el extremo de sus fusiles una bayoneta de cuatro filos con dientes como una sierra cerca de la punta, que produce heridas incurables. Al presenciar la fiera animosidad que reina en ambos partidos, sentiría yo poca sorpresa si, como los salvajes, hubieran recurrido a armas envenenadas que hicieran perecer cuanto tocaran (33).

Nuestra vía condujo ahora a través un país de lo más encantador, en que la agricultura se diría hallarse dirigida sobre principios ilustrados. Los villorrios y los caseríos diseminados, visibles desde el camino real, eran limpios y exhibían señales de comodidad, y en una o dos de las pequeñas villas había manufacturas de puñales, espadas y armas de fuego. Hacia el crepúsculo vimos a los soldados, que habían evidentemente conducidos sus prisioneros a la mayor marcha, penetrar en un mesón de pequeña aldea situada en el declive de una montaña, sobre la cual íbamos pasando. Como llegamos poco después que ellos, nosotros fijamos también nuestros cuarteles allí, esperanzados en que la casualidad nos proporcionaría alguna oportunidad para conversar con el cautivo Inglés, quien me inspiraba la mayor conmiseración, aunque también la sentía por los demás.

EL SOCORRO NAVARRO

Al entrar en la cocina hallamos alrededor del fuego un grupo de aldeanos Navarros que parecían regresar hacia sus hogares tras largo viaje: Estaban deslustrados por el camino y ojeaban a los

(35) Literal. (N. del T.).

(36) Literal y en bastardilla. (N. del T.).

(37) Literal y entre comillas. (N. del T.).

(38) Dice «negroes» entre comillas. (N. del T.).

soldados con las más enemistosas miradas. Su traje era altamente curioso y característico, consistiendo en un *beret* (36) o gorra redonda azul, chaqueta y pantalones del basto paño marrón usualmente llevado por los Franciscanos, faja roja o azul y alpargatas (36) o sandalias de cáñamo, que se ponen en lugar de zapatos tanto en Navarra como en Vizcaya.

No era momento para esperar gran atención o civilidad por parte de la gente de la hostelería, pero parecía razonable exigir, puesto que se pagaba lo que precisábamos, algo más de la que hallamos. Sin embargo, a fuerza de lisonjas y perseverancia, al fin conseguimos algo de comer. Pero el principal objeto de mi permanencia quedaba incumplido, porque los peseteros parecieron recelarse y me vigilaban tan de cerca que no pude conseguir la oportunidad de conservar ni un momento con el cautivo; y, tras intentarlo inútilmente hasta una hora tardía, me retiré sumamente malhumorado a la cama.

ALARMA. — MEDIANOCHÉ

El azar ordenaba que no nos encontráramos más. Hacia medianoche fuimos súbitamente sobrecogidos en nuestro sueño por fuego de fusiles y pistolas en nuestro dormitorio, según pareció al principio, pero, al empezar a frotarnos nuestros ojos y precipitarnos al corredor, descubrimos toda la casa en confusión, varios peseteros fusilados y les presos en fuga. Nada pudiera exceder a las manifestaciones exteriores de aflicción y rabia por parte del patrón quien maldecía a Don Carlos y a todos los dons habidos, de un modo que parecía satisfacer a aquellos peseteros, que no servían a un don, sino a una doña; aunque me cabe poca duda de que se hallaba hondamente complicado en el socorro y de que consideraba a Don Carlos como legítimo señor de España. En el fondo, no me alegré menos que él, por más que tomé mucha menos molestia en ocultarlo, sintiendo, lo que probablemente él no sintió, sincera pena por los honestos chapelgorris (35) que habían perdido sus vidas en el asunto.

Se comprendera en seguida que, después de tal escena, sentimos poca inclinación a dormir. Diego y sus mulos se hallaban frescos y dispuestos a partir; no teníamos ya motivo para demorar, así es que, despidiéndonos del jefe Cristino, si podía llamarse jefe, reasumimos nuestro viaje bastante antes de hacerse día. Habíamos ya

realizado la subida y el descenso de la montaña, y llegado a la aldea de Ansuola (39) antes que amaneciera sobre nosotros. En poco tiempo salimos de la provincia de Guipúzcoa (35) para entrar en la de Alava, donde la gran carretera desde Vergara hasta Vitoria puede muy bien ser comparada a una calle larga. Villorrios, caseríos y otras viviendas asoman constantemente a cada lado—el Zadorra contornea ante nosotros a través el valle—, y al fin los montes disminuyen rápidamente hacia la rica y vasta planicie de Vitoria, a donde llegamos con gran apetito y muy entrada la tarde.

CAMPOS DE BATALLA DE WELLINGTON

Apenas cruzamos ese día un pie de terreno ni villa o ciudad de importancia, o posición fuerte sobre colina o río, que no nos hubiera proporcionado interés como objeto asociado a la historia Británica en las hábiles combinaciones del mayor de los jefes existentes y el perseverante valor indomable de sus ejércitos. ¡Sobre cuántos numerosos puntos trazamos la memoria de sus hazañas y la huella del férreo pie de la guerra! Los Pirineos—el paso del Bidasoa—Irún—Hernani—San Sebastián y los collados y alturas circundantes habían sido tomadas posición por posición en una serie de movimientos magistrales que impedían las maniobras y los mejores esfuerzos de un enemigo bravo y experto. Ni los antiguos Numantinos, ni la moderna Zaragoza se sonrojarían de ponderar a los aliados, cuyos hechos pueden igualarse a los suyos, y su influencia combinada debiera servir como un futuro grito de guerra contra el invasor, siempre que la planta de un enemigo extranjero amenazara otra vez a la independencia de España.

(39) Es Anzuola. (N. del T.).

I

VITORIA

El Parador Viejo.—Huéspedes de Cocina.—Estudiante de Salamanca.—Rincón de la Chimenea.—La Plaza Grande.—Día de Mercado.—El Rey José.—Batalla de Vitoria.—Valor de los Españoles.—Disquisición anticuaria sobre los Galenses, Vizcaínos, etc.—Alegría Española no fundada en la Humildad.—Cortesía Inglesa y Extranjera.—El Paseo Público.—Vista desde la Florida.—Hazaña de Zumalacarregui.

A nuestra llegada a Vitoria, ciudad capital de Alava sobre la frontera Castellana, se delineaba, como he dicho ya, el crepúsculo, y nuestra predilección por lo pintoresco quedó por consiguiente obligada a conceder prioridad a la más sencilla recompensa provista por una buena comida y un brillante fuego en la cocina de la posada. El Parador Viejo estaba considerado por la mayoría de los viajeros como la mejor hostelería de España, aunque ello no diga mucho. Será más encomiástico afirmar que es, en muchos respectos, digna de ser comparada con una buena fonda Inglesa, estando sus habitaciones diestramente dispuestas y amuebladas de chimeneas; con camas de cortinas y limpias; sus suelos bien barridos; y, por último, aunque no sea lo de menos, las provisiones y estilo de condimentación culinaria eran merecedores de ser altamente recomendados.

GRUPO PINTORESCO

Su espaciosa cocina era como de costumbre el lugar de cita general para los viajeros que protegían al establecimiento y cuyo número, en la ocasión presente, eran tan considerable y de tan variados trajes, estaturas y complexión que, a no ser por el techo y por la asistencia femenina, me hubiera imaginado en la corte de una caravanera oriental. Junto a mí, sobre asiento de madera de alto respaldo, fijo para mayor comodidad en el rincón de la chimenea donde yo disfrutaba del alegre calor del fuego, se sentaba un alto Aragonés envuelto en su capusay, no desemejante a un haik Morisco o a un capote

Griego. La capucha, echada hacia atrás sobre las espaldas, dejaba ver su gorra de piel de oveja, debajo de la cual brotaba en haces compactos una profusión de grasiento pelo negro. Su fisonomía, aunque desfigurada por varias cicatrices, radiaba jovial, y su lengua se movía más de prisa que las aspas de los molinos de viento de Don Quijote. Su vecino, que recibía esta rociada de vivacidad, era un comerciante Andalúz en indumentaria de viaje: chaqueta de piel de oveja con broches de plata, pantalones ajustados, borceguíes de piel, largas espuelas de plata y un sombrero gancho (40). Los dos fumaban cigarros de papel y se habían empeñado en argumentar sobre política general, ojeando ocasionalmente con mayor o menor destreza sobre la contienda en auge por la provincia.

RETRATO DE UN ESTUDIANTE

Agrupado en torno del fuego figuraba un abigarrado grupo compuesto de individuos de casi todas partes del país—Castellanos, Vizcaínos, Navarros, Gallegos—, todos soplando humo como hornillos y esgrimiendo, en medio de la nube formada, alegatos algo infectados por la atmósfera. Mi atención se fué fijando gradualmente en un joven estudiante de Salamanca. Su vestido, que indubletiente había sido alguna vez nuevo, ahora ostentaba varios desgarrones impropios y era tan usado y frágil que la primera tormenta que le sorprendiera al exterior había de llevarse la mejor parte de él. Con respecto a su gorra, se hallaba en algo mejor condición, pues, no habiendo sido dotada de la facultad de crecer al unísono con la cabeza, se redujo a un artículo de mera exhibición y era transportada bajo el brazo.

Había entablado conversación con un comerciante Catalán a quien contaba la breve historia de su vida. Discurría con gran celo y cierta complacencia acerca de sus estudios y descubrí que, si su traje era algo anticuado, sus ideas pertenecían a la marca más moderna, llenas de tendencias vivas y benévolas y mucho más amplias de lo que yo hubiera sospechado en quien se formó por educación Salmantina. Con tales nociones no se prestaba a ser un Cristino entusiasta, y menos un Carlista. Le disgustaban evidentemente ambos partidos. Los consideraba como viejas mareas sobre las cuales olas de un torrente enorme debían muy en breve quebrarse barriendo

(40) Literal. (N. del T.).

para hacer desaparecer por siempre toda traza de existencia. Encontró, a pesar de ello, poca simpatía en su auditorio que, completamente absorto por el interés de los acontecimientos en auge, escuchaba con impaciencia cuanto se refería a un estado de cosas, posible quizás, pero remoto para los dictados de su experiencia y de sus esperanzas.

EL CENADOR

Como era frío el aire del atardecer, y de gran extensión la cocina, toda persona presente intentaba obtener un reflejo del fuego que consistía en una pila de rescoldos vivos alimentados por leños y provisión generosa de jaral o matorral arrojada de vez en cuando para formar la llama. Las operaciones culinarias se llevaban a cabo, como en Francia y en Italia, sobre un número de pequeños hornillos fijos en sólida plataforma erigida contra el muro y cubierta de tejas pintadas y barnizadas. Para hacer el asunto más interesante, las superintendentes de las cazuelas eran jóvenes y bonitas, ataviadas en un traje admirablemente adaptado para exponer las gracias de sus formas, y, por constitución así como por educación, dispuestas a unirse a toda chanza locuela y alegre como generalmente bulle en reuniones de carácter tan mezclado (41).

REGOCIJO Y NEGOCIOS

Hallándonos algo fatigados por la marcha, nos retiramos temprano a descansar, sueño imperioso que no tardó en triunfar sobre los incultos ruidos de todas clases que resonaban a través las callejas de esta Babel en miniatura. Por la mañana, después que el posadero nos fortaleció con la profusión de tan buenas cosas como proveía la despensa del Parador Viejo, salimos hacia lo que constituye el gran lugar de atracción en Vitoria: la Plaza Grande. Su belleza, como el lector podrá percibir, ha empleado al lápiz de Mr. Roberts,

(41) Aquí presenta el libro original otra estampa de 1830, titulada: «Gran Plaza de Vitoria». (N. del T.).

Aún queda por llevarse a cabo la recopilación de estampas referentes al País Vasco. La estampa constituye un precioso documento gráfico anterior a la difusión de los procedimientos fotográficos, y casi siempre el único que nos ofrece una idea veraz del estado de las villas durante los últimos cuatro siglos, de los monumentos hoy desaparecidos o reformados en su estructura originaria, del indumento de los habitantes, etc. (N. del T.).

que, mucho más compendiosamente que el lenguaje, transmitirá una idea correcta de los aspectos materiales e inamovibles de la escena (42). Pero esto ni es todo ni quizás lo más interesante de lo que se presenta aquí a la vista del viajero. El mayor encanto consiste en la vivacidad, animación y calor casi tropical de la fisonomía que se observaba en los varios grupos, llamados a la existencia en su ancha área o bajo los sombríos y cómodos pórticos por el espíritu del tráfico; porque es aquí donde se celebra el mercado y donde se reúnen los labradores desocupados, permaneciendo cada cual con las herramientas de su oficio, como desde antiguo en los mercados de Judea, solicitando empleo. En torno de la fuente que se presenta en el centro de la plaza, los aguadores, raza, como Juvenal los determina, de bribones fornidos de anchas espaldas, se hallan ocupados a todas horas embotellando para el uso de los ciudadanos grandes cantidades de ese elemento, del cual declaró un antiguo poeta que es la más excelente de las cosas.

GLORIA NACIONAL

Aquí, a un lado había aldeanos de los distritos circundantes, provistos de grano y legumbres, y al otro Vascos rústicos con verduras cultivadas en grandes huertos sobre la ribera meridional del Zadorra. Entablé conversación con un individuo de la referida clase, vestido con una gorra de lana, semejante a la usada en los Highlands (43), una manta a listas y sandalias en lugar de zapatos (44). Al cerciorarse de que éramos Ingleses, su memoria pareció animarse de pronto. Recordó el día—y lo hacía con vivaz alegría—en que sus compatriotas inspirados por la enérgica cooperación de los Británicos, deshicieron la última fuerza restante del usurpador José, enviándole maltrecho y humillado a fumar su *cigarrillo* (45) al otro lado de los Pirineos. El viejo Vasco estaba elocuente en su descripción de la batalla. Pero observé que sus simpatías—que en todos nosotros dependen mucho de nuestras habituales asociaciones—se excitaban no menos penosamente por la magnífica cosecha de trigo que los combatientes hollaron y estropearon particularmente

(42) Se refiere a la estampa que va citada en la nota anterior, dibujo de David Roberts, como las dos ilustraciones de que anteriormente dimos cuenta. (N. de la R.).

(43) Era la boina. «Highlands» o Altas Tierras, Escocia. (N. del T.).

(44) «Sandals», sandalias, alpargatas o abarcas. (N. del T.).

(45) Literal y en bastardilla. (N. del T.).

en la vecindad de su propia aldea de Abuchaco (46), que por el número de sus paisanos—porque los otros no eran nada—que en aquella jornada mordieron el polvo. Mostraba gran entusiasmo al describir el ataque—ora lo hubiera presenciado o tan sólo hablara por transmisión de otros—llevado a cabo por las tropas Españolas al mando del General Morillo sobre el cuerpo Francés apostado en Puebla. Protegidos por una partida de Ingleses del Coronel Cadogan, que asomaron allí, ascendieron las alturas con el más gallardo estilo y consiguieron, tras un fuego muy duro, desalojar al enemigo a punta de bayoneta. Casi olvidaba él a sabiendas la oportuna ayuda aportada por un destacamento que envió Sir Rowland Hill. Eramos siempre *we*— «nosotros» (47)—quienes efectuamos cuanto hubo de heroico en aquel día; y debe reconocerse que si los Españoles pudieran sobresalir en la pelea la mitad de bien de lo que presumen al hablar, no habría tropas en Europa capaces de sostenerse frente a ellos (48). Había una singular infusión de regocijo en el tono de triunfo con que relató los desastres de José, al cual tenía buen cuidado de no honrar con el título de *El Rey* (45), que la imaginación de un Español aún rodea de sombría aureola de veneración. Tuvo suerte, según dijo, en poder mientras estaba en España hurtar con sutileza un buen caballo, pues a esta circunstancia debía (José) su vida; después, cuando el Capitán Wyndham y su escuadrón de caballería hicieron fuego sobre el carruaje del fugitivo esperando apoderarse de él por accidente, tuvo justamente tiempo para volar sobre un Andalúz, que, como bestia antipatriótica que era, le sacó de peligro en un momento.

TODOS DE UN COLOR. — LA PLAZA

La divertida nacionalidad de este gasconeante viejo Vasco, de quien se diría que hacía sudar a su propia gorra de lana (43), me recordó poderosamente a aquellos románticos nativos de la isla Esmeralda que hacen brotar del whisky animadas figuras de retórica. Y, en verdad, no han faltado entre los últimos viajeros quienes

(46) Es Abechuchu, a tres cuartos de legua de Vitoria, cerca del Zadorra, que baña sus términos. A principios de siglo se cosechaban allí 1700 fanegas anuales de todos granos. (N. del T.).

(47) *We* literal y en letra bastardilla. «Nosotros», literal y entre comillas (N. del T.).

(48) Recuérdese lo que dijimos acerca de la batalla de Oriamendi (28). (N. del T.).

señalen a los Vascongados, Navarros, Montañeses Escoceses e Irlandeses como de un común tronco Céltico (8); que, a ser cierto, debieron hallarse dotados de portentosa fertilidad. Bajo cierto aspecto, me agradaría descubrir semejanza entre los Irlandeses o, verdaderamente, entre los Galenses y estos valientes montañeses, pueblo sobrio, limpio, laborioso, que extrae del rudo suelo al que está asido con entusiasmo, lo que requiere para mantener una resuelta independencia.

«¡Pero mi pluma divaga
Y la vuelvo a reclamar!»

para decir cuatro palabras acerca de la arquitectura de la plaza, que la batalla de Vitoria y el origen Irlandés del Vasco (8), o el origen Vasco de la población Irlandesa, me hicieron casi descuidar. Las casas están erigidas sobre una especie de piedra arenisca en estilo hermoso y de mucho gusto con una serie de arcos y alegres balcones ya sobre ellos o bajo los mismos, donde las señoras al atardecer pueden escuchar serenatas y disfrutar de la fresca brisa. Asientos con respaldos de barandilla, colocados a intervalos contra el interior de las columnas, permiten al ocioso gozar de su cigarrillo y del drama diario de la política, que últimamente ha sido sustituido por escándalo público, más impune y excitante bajo el viejo régimen. El Señor Olarvide, de cuyo plano se edificó la plaza, fué un hijo de Vitoria que consagró sus distinguidos talentos a hermostear el lugar de su nacimiento.

CONFIANZA EN EL FUTURO Y DISQUISICIÓN SOCIAL

Esta ciudad ha excitado siempre la admiración de los extranjeros, ora la hayan ofrecido simplemente una visita de paso o hayan disfrutado en ella la experiencia de una estada más larga. Las provisiones son copiosas y baratas, y el clima, no obstante la proximidad de los montes que limitan el horizonte hacia el norte, es sumamente apacible y templado, excepto pocos días en el rigor del invierno, Tal vez podamos inquirir en vano acerca de esa sencillez e inocencia de maneras Arcadiana, celebrada con entusiasta credulidad por viajeros anteriores, —y en esto la guerra civil puede caritativamente ser llamada a cuenta; pero la peculiaridad del carácter nacional, que se observa aquí y en todas partes, no puede menos de chocar en cuanto uno se sienta con una pierna sobre la otra en el

soportal de la Gran Plaza—, quiero decir ese tono de reposo, de calma, paciente confianza en el futuro, de que se halla poseído todo grupo que nos rodea. Sin duda el clima puede reclamar algo de esto, pero no todo. Otras causas deben cooperar. Y de éstas, quizás la principal sea la ausencia de espíritu comercial y especulativo, y la confianza de la mayoría en la mayor seguridad de las moderadas ganancias agrícolas y de un tráfico sin ambición. Aquí, como en el Este, el zapatero remendón está tan contento de ser zapatero remendón, como el duque de ser duque. Su orgullo consiste en ser Español, y para esto no conoce otra razón sobre la tierra sino que su padre satisfacía el mismo orgullo antes que él, y que se lo transmitió como herencia. Existe, sin embargo, una especie de igualdad, que no es la de la libertad. Al contrario, su origen deriva de ley despótica; porque, donde el soberano está considerado como amo de cada hombre, los que participan del sentimiento de inferioridad engendrado por ello y que desde la cuna se habituaron a ver en él un ser sobre el nivel general de la humanidad, naturalmente perciben todo bajo ese nivel como poco o nada mejor que ellos mismos. De que ese es el caso, puede convencerse cualquiera que se tome la molestia de examinar la estructura de la sociedad en países donde prevalece el más rígido despotismo: en el imperio Otomano o en Persia, por ejemplo. Allí encontrará precisamente la misma igualdad que en España, acompañada necesariamente por la misma tranquilidad de maneras, que doquier aparezca se basa en la más profunda ignorancia de que existe en la economía de las acciones humanas algo que se llama buena educación. El Inglés ineducado y sin instrucción es tosco, pero su inteligencia activa y ambiciosa ha vislumbrado algo como el reflejo de un sistema de modales más hermoso que el suyo; y, aunque ignorante de los medios, gustoso se apropiaría de esta envidiable posesión, deseo que casi necesariamente le envuelve en afectación. En una palabra, todo Inglés quisiera, sin saber precisamente cómo, ser un caballero (49); y, gracias a su gobierno, de elemento más fino y más liberal, el deseo puede ser realizado si se le acompaña de laboriosidad y buena suerte. Pero en España, y en todo otro país bajo gobierno puramente monárquico (50), los hombres, adoptando una palabra general, conocen su puesto: se hallan bajo la influencia de una modificación en el sistema de cas-

(49) Gentleman. (N. del T.).

(50) Quiere decir absoluto. (N. del T.).

tas; como era el padre, debe ser el hijo; no hay atropello en las precedencias. Un asentimiento tradicional en la lógica de las instituciones establecidas creció sobre ellos, y de aquí ese contento y satisfacción animal que engaña al observador superficial—hombre que puede hasta envidiar la felicidad de un perezoso—hacia la creencia de que seres tan grotescos, tan desprovistos de recursos mentales, han de ser considerados como realmente felices (51).

LO ANTIPINTORESCO

Pero, sean lo que fueren los Españoles bajo el punto de vista ético o político, proveen generalmente de buenas sujetos al artista, ya elija pintarles con el lenguaje o con colores. Este es particularmente el caso en Vitoria que, estando situada cerca de los confines de varias provincias, antiguamente reinos, se ve generalmente llena de una población mixta en que cada individualidad presenta alguna peculiaridad de traje o de facciones. Esto me llamó fuertemente la atención en la Florida, lindo paseo público que se extiende a lo largo de los suburbios meridionales de la ciudad, recordándome por muchos aspectos la noble alameda que circunda las soleadas murallas de Dijón. Aquí y allá la vista, tras vagar sobre rica planicie interrumpida a intervalos por pequeñas elevaciones, se termina a todos lados en montañas. Hay no obstante puntos de excepción. En la gran llanura de Burgundy se ven de estos caminos verdosos o de agradables cercados, cuyo principal mérito consiste en recordarle a uno Inglaterra o en proveer amparo durante un día crudo; y nada puede ser más adverso a lo pintoresco en un extenso, paisaje que dispersar el aspecto de la campiña haciéndolo semejante a un tartán o tela de lana de un Highlander (43). En Vizcaya los campos están, como entre nosotros, divididos por cercos y cruzados por numerosos caminos de travesía vallados y sombreados por altos árboles.

Los objetos que ocupan el primer término de la Florida eran más interesantes que el paisaje a distancia: grupos de lindos niños atendidos por hermosas morenas de abultados senos con grandes ojos flúidos, tales como el lector puede informarse por los lienzos de Murillo. Las nodrizas no forman en ningún país raza grave y

(51) Traducimos toda esta disquisición por no interrumpir el relato. El lector desprenderá los comentarios que aquella sugiere. (N. del T.).

pensativa. Compelidas a hacer abundante ejercicio al atender a sus pequeñas cargas, y quizás adquiriendo de ellas algo de su flojedad infantil, poseen generalmente exuberancia de salud y buen humor, convirtiéndose su carácter más bien en jovial que en reservado. Ahora estaban ocupadas en una especie de juego que fué advertido por otros viajeros, golpeando y enviando de una a otra con un pequeño palo una pelota de madera que tomaban en sus delantales aquellas a quienes iba dirigida. El pequeño toreo de pega es otra diversión favorita de los jóvenes, según describimos en otro tomo de esta obra.

ZUMALACARREGUI.— LA ESPAÑA MODERNA

Pero los habitantes de Vitoria, aunque ahora parezcan tan alegres y libres de cuidado, habían sido visitados no muchos meses antes por el azote de la guerra civil, cuando el gozo de muchas familias fué extinguido en sangre. Había sido, en efecto, la escena de una de las hazañas de Zumalacarregui. Este general, activo, cruel y ambicioso, entró súbitamente en Vitoria, donde hallando a los Cristinos en pequeña fuerza, su valor aumentó en proporción a la poca necesidad que hubo para ello. (52) A la cabeza de seis mil hombres puso en fuga tres mil milicianos, sojuzgó a la débil guarnición y procedió inmediatamente a exigir una pesada leva a ciertos habitantes supuestos de favorecer la causa liberal.

Su conducta subsiguiente parece que, sin embargo, da lugar a sospechar que la posesión de riquezas era la principal ofensa castigada por Zumalacarregui. No hay duda de que precisaba dinero para él o para Don Carlos (53); y naturalmente consideraba una insolencia en «cuervos cebados», de ciudadanos estar amontonando pesetas y alimentándose con gusto de regidores, mientras sus bolsillos y su estómago estaban vacíos. Su conducta en esta ocasión ha sido interpretada diferentemente. Por su superioridad en número y por la rapidez con que se hizo dueño de la ciudad, consiguió apoderarse de unos ciento veinte prisioneros que, después de guardar en la plaza aproximadamente seis horas, se llevó con él. Su objeto, no sospechado al principio por nadie, se puso pronto de manifiesto.

(52) No creemos que se pueda poner en tela de juicio el valor de aquel caudillo. (N. del T.).

(53) Para la causa de Don Carlos, Zumalacarregui dejó al morir por toda fortuna nueve onzas de oro. (N. del T.).

Llevaba con él un sacerdote, Don Juan Antonio Laserte (54), cura de Arroyala (58); y, quizás contra su consejo antes bien que con su concurso, procedió en la aldea de Hereida (55), a dos leguas de Vitoria, a dar una prueba práctica de lo que los liberales podían esperar si la fortuna desertaba de su causa. Los prisioneros fueron divididos en grupos de a cinco, desnudados y fusilados, después de lo cual, no habiendo sido la muerte capaz de satisfacer la venganza de los gallardos vencedores, salieron a relucir cuchillos y bayonetas con que su salvaje revancha procuró satisfacerse en los calientes cuerpos de los muertos. Un hombre, a pesar de todo, escapó de esta atroz carnicería. Había sido herido, pero no en sitio vital, y al caer entre los muertos donde así los cuchillos como las bayonetas le fallaron, recobró el conocimiento cuando todo pasó y regresó con el relato de lo que había presenciado. Tales son los bárbaros excesos cometidos por ambas partes litigantes a través esta lamentable guerra (56).

HORRIBLE CUADRO

Pudiera yo suponer caritativamente que Zumalacarregui iba impelido por el deseo humanitario de matar a sus enemigos lo antes posible para atraer una paz (8). Deseo que con verdad se pueda decir eso de él, pero tuvo buen cuidado de disipar esa disculpa para su severidad al exceptuar a los prisioneros militares que cayeron en sus manos, después de quitarles las armas y el uniforme. Sintió que si éstos eran alejados, no quedaría nadie para sostener el juego, y su ocupación, con todos los placeres anexos a ella, hubiera tocado a su fin. Es posible que el humanitario viejo cura de Arroyala (57) asistiera (58).... Fué acusado de haber excedido los límites de la caridad sacerdotal y tuvo que sufrir el gentil castigo del destierro. Pero el general, que era según creo Cristiano responsable de sus

(54) ¿Lasarte? (N. del T.).

(55) Heredia: (N. del T.).

(56) Pero, es curioso que nuestro minucioso autor, que tanto se detiene en narrar este terrible episodio como en ensalzar aquella gloria Inglesa de la batalla de Vitoria, no se haya dignado visitar la ciudad de San Sebastián—no obstante haber pasado a una legua de ella—para recordar a su vez aquella espantosa noche del 31 de Agosto de 1813, no menos trágica que el día de los fusilamientos en Heredia. (N. del T.) (30).

(57) Literal. (N. del T.).

(58) Siguen dos líneas en que padece el carácter sacerdotal y hasta el del Santo Oficio. (N. del T.).

actos ante Dios, no recibió que yo sepa ni castigo ni reprimenda; sino, al contrario, fué sin duda aprobado por Don Carlos como bueno y fiel sujeto. Hemos visto, no obstante, el resultado natural de tal línea de conducta. El espíritu de la guerra civil, peculiarmente sanguinaria en todas partes, ha venido a ser con el tiempo más y más salvaje, habiendo sido atrocidades devueltas por atrocidades, crímenes por crímenes, hasta que en el fondo de su degradación, los Españoles han hecho resurgir las prácticas, comunes a la invasión Francesa, de ejecutar sobre las viudas y madres de sus enemigos la venganza que no podían o no osaban llevar a cabo en los maridos e hijos.

III

DE VITORIA A BURGOS

Valle del Zadorra.—Huertos de Alava.—Aventura entre los Vascos (59).

Al dejar Vitoria por la mañana temprano, nuestro camino se deslizó sobre la planicie e insignificantes alturas de Gamacho, donde los Franceses tomaron posiciones en aquel memorable veintiuno de Junio. Cruzando varios arroyuelos que llevan sus claras aguas hacia el norte con sonora corriente, ascendimos pequeña colina de donde la vista dominaba una bella perspectiva sobre el valle del Zadorra que se apresuraba a conducir a través la sonriente campiña sus aguas tributarias del Ebro. Como nuestro arriero participaba mucho del desdén de sus paisanos por el tiempo, le era siempre posible, particularmente cuando había vino o tiendas de aguardiente en la ruta, dejar rezagadas sus bestias y malgastarlo a nuestro gusto donde quiera que pudiera ocurrir algo digno de examen.

GENUINA SIMPLICIDAD DE RAPAZUELO

Al alcanzar el alto de la loma, en un lugar donde el camino nos llevaba frente a la vista del pequeño burgo de Nanclares, hallán-

(59) La obra en inglés de T. Roscoe consta de cuatro tomos voluminosos. No nos es posible seguirle en su extensa narración acerca de España y Marruecos, por lo que hemos circunscrito nuestra modestísima labor a lo que en ella se refiere al País Vasco en 1835, suspendiendo la traducción al llegar a este punto del Capítulo III. («M. de A.»).

donos como de costumbre muy adelante de Diego, nos ladeamos por una bonita vereda entre huertos y jardines que cubrían todo el sesgo del declive. La fruta estaba madura y colgaba tentadora en las ramas. Se nos antojó transferir alguna a nuestros bolsillos, pero habiendo hecho pocos progresos en Vasco, pretendimos en vano a través el medio de nuestro Español, que en verdad no era del más puro, explicar nuestros deseos a los rudos paisanos que se hallaban allí trabajando. En cuanto al lenguaje de los signos, que los viajeros en todas partes encuentran muchas ocasiones de emplear, sirve muy bien para hacer conocer el hecho de que se precisa algo, pero no qué ni cuánto; por lo menos lo hace muy imperfectamente.

CORTESÍA Y HOSPITALIDAD

Pronto nos vimos rodeados de una pequeña muchedumbre de Vizcaínos, algunos de los cuales creyeron que habíamos perdido nuestro camino y ofrecían conducirnos a la carretera real, según vimos claramente por sus movimientos. Otros suponían que teníamos hambre y, con el designio benévolo de proveer a nuestras necesidades, nos condujeron a sus caseríos, donde habían puesto profusamente a nuestra disposición castañas cocidas, salchichas de cerdo y excelente tocino, que ellos consideraron mucho mejor para nuestros estómagos que la fruta verde. Era imposible no estar encantados de su hospitalidad, pero hubiéramos preferido entonces que hubieran mostrado más sagacidad de sospecha. Para convencerles de que no eran provisiones sino golosinas lo que les pedíamos, recurrimos a un paso que podía habernos costado caro en otra parte de España: les enseñamos nuestras bolsas y, señalando a las deliciosas peras y manzanas que como fruta de Tántalo por todas partes se burlaban de la vista, expresamos por la más inteligible pantomima lo que queríamos hacerles comprender, indicando hacia el camino, para insinuar que éramos viajeros, un vehículo de lo más primitivo, estable a la vista. En esto se rieron mucho, supongo que ante su equivocación acerca del tocino, y uno de los jóvenes dirigiéndose a un árbol lleno de peras maduras, con una simple sacudida hizo caer una lluvia de ella: a la hierba; y poniéndolas en un cesto con una cantidad de bellas manzanas, insistió en llevarlo a nuestro carruaje, donde con indignación rehusó toda remuneración (59).